

# Nuestra espiritualidad litúrgica

Kristopher W. Seaman

Había más de sesenta personas reunidas en aquel salón de una parroquia vecina a la que yo servía. Era yo el séptimo presentador ya, desde que comenzaron las reuniones, más de dos meses antes. Frente al grupo, después de una exposición sobre el Sacramento de la Penitencia, pregunté si tenían alguna pregunta. Un caballero preguntó: “¿Quién es ese Jesús que usted tanto menciona?”. Tras mi sorpresa inicial, pensé cómo responderle *brevemente*. Se levantó una segunda mano con lo mismo: “Sí, ¿quién es Jesús?”. Entonces pregunté al grupo si había más personas que quisieran conocer más del Cristianismo, en general, y del Catolicismo, en particular, como parte del Rito de Iniciación Cristiana de Adultos: “¿Quién más está interesado saber quién es Jesús?”. Una tercera parte de los asistentes levantó la mano. Entonces, en lugar de repartirlos en grupos pequeños para reflexionar sobre el Sacramento de la Penitencia, empecé a decirles que especialmente en la liturgia conocemos no sólo *acerca* de Jesús, sino *quién es* Jesús, e igualmente en la vida diaria, en el encuentro con otras personas y en los acontecimientos que hablan del amor de Dios y de su gracia.

El principal centro de interés de la liturgia es la vida de Cristo, enviado por Dios para traer la salvación (viene de *salvus*, que significa curación) a todo el pueblo de Dios. Conocemos quién es Cristo mediante la liturgia. El papa Francisco lo expresa así: “Toda la vida de Jesús, su forma de tratar a los pobres, sus gestos, su coherencia, su generosidad cotidiana y sencilla, y finalmente su entrega total, todo es precioso y le habla a la propia vida” (*La alegría del Evangelio*, 265). Cuando en la liturgia son proclamadas las Escrituras, como dice la *Constitución sobre la sagrada liturgia*, Cristo mismo habla (art. 7). Cristo está presente en su Palabra proclamada, invitándonos a conocerlo, lo mismo que su misión por



El curso del año litúrgico nos ayuda a crecer en el conocimiento de Cristo.

nosotros. Conocemos a Cristo también mediante los mismos símbolos de la liturgia: el pan transformado en el Cuerpo de Cristo, el vino convertido en la Sangre de Cristo, en el agua bendita y otros elementos litúrgicos. Las oraciones, cantos, gestos, ... todo comunica quién es Cristo entre nosotros, y lo que quiere de nosotros.

La vida de Cristo es más grande que lo que cualquier servicio litúrgico particular puede portar. Más aún, el poder del año litúrgico consiste en que nos permite entrar en “momentos” o eventos específicos en la vida de Cristo, o en que esos eventos de Cristo entran en nosotros al escuchar, al reunirnos, al cantar y al orar.

Por ejemplo, en Navidad aprendemos que el Hijo de Dios se hizo hombre y vive entre nosotros, que viene a nosotros con sus palabras y en su Eucaristía. En la Pascua aprendemos que Dios da vida pasando por la muerte, el dolor y la traición. Así, a lo largo del año litúrgico vamos creciendo en el conocimiento de Cristo, pero sobre todo en ser como Cristo. Pero por encima de todo, aprendemos cómo es Cristo, mediante la liturgia. Él plasma para cada uno de nosotros la voluntad de Dios.

Cuando comenzamos a crecer en nuestro conocimiento de Cristo a lo largo del año litúrgico, a tono con las estaciones litúrgicas y las fechas festivas, comenzamos a desarrollar nuestra espiritualidad litúrgica. El papa Francisco alude a esta espiritualidad cuando anota que “la resurrección de Cristo no es algo del pasado; entraña una fuerza de vida que ha penetrado el mundo. Donde parece que todo ha muerto, por todas partes vuelven a aparecer los brotes de la resurrección. Es una fuerza imparable” (*La alegría del Evangelio*, 276). Gracias a la resurrección de Cristo y a su presencia en la liturgia mediante el poder del Espíritu Santo, toda la vida de Cristo, su misión, comienza a apoderarse de nosotros y a envolvernos. Esta transformación nos permite ver y actuar, cada día, como Dios nos quiere.